

La mala moneda que es el oro

Por GERMAN BERNACER

¿Cuáles son las causas que han hecho fracasar, después de la guerra precedente, el sistema clásico de ordenación monetaria del mercado interior exterior de los grandes países del mundo?

No han sido circunstancias creadas por aquella guerra, cual una observación superficial induce creer; antes bien hay que buscarlas en fallas intrínsecas del sistema que, si no dejaron de mantenerse desde sus comienzos, pudieron parecer creables mientras no se le exigió una labor demasiado difícil, pero se han acusado muy fuertemente en la compleja economía de la postguerra, no el defecto del motor, poco patente al principio, resalta al imponerle un esfuerzo superior. La principal de esas fallas consistía en haber fijado la unidad monetaria en una cantidad invariable de determinada mercancía; he aquí un sistema que nunca podrá funcionar bien, por razones que aparecerán obvias a todo el que mire las cosas sin prejuicios, cosa que no les ocurre, desde luego, a los economistas doctrinarios.

Toda mercancía, cualquiera que sea, tiene sus motivos propios para subir o bajar de estimación respecto a los demás. Esos motivos regulan el precio de la manera más adecuada para que el abasto y el consumo se reajusten y equilibren; la cuestión no afecta directamente más que a esa mercancía particular.

No ocurre lo mismo cuando una mercancía particular se convierte en regulador del valor de la unidad monetaria; al alterarse su valor, por razones que afectan a su aprovisionamiento y demanda particulares, para que el de la unidad monetaria se mantenga invariable con respecto a ella, ha de subir o bajar éste con el de la mercancía que la regula, lo cual supone una alteración del precio de todas, es decir, del nivel general de precios. Que es una de las cosas más graves que pueden ocurrir en una economía monetaria, es decir, en una economía que tiene la moneda como instrumento regulador y circulatorio. Todo se altera y se perturba entonces: la relación de los salarios y todas las retribuciones con el coste de la vida; la de los beneficios industriales con los costes; la de las rentas fijas con las variables, así sucesivamente.

Ahora bien, nuestra economía no se halla en aquellas condiciones de plena ocupación, de óp-

tima posición, que suponían, más por razones teóricas que experimentales, los economistas clásicos; por el contrario, su situación normal es de restricción productiva, de ocupación insuficiente del trabajo y de los medios disponibles; cuando no se halla en crisis, se mantiene al borde de ella, en un equilibrio inestable y precario.

En esa situación, muy alejada de la que presupusieron los primeros teóricos de la Economía, un alza de precios reaviva la coyuntura económica, provoca una fase de actividad, porque el alza de los precios eleva los márgenes de beneficio y estimula al aumento de la producción en tanto el aumento de precios no reaccione sobre los salarios, intereses y rentas, elevándolos, o en tanto la mayor productividad, al no ir acompañada de un incremento correspondiente de consumo, no recobre sobre los precios deprimiéndolos de nuevo.

Por el contrario, una baja general de precios merma o anula los márgenes de lucro y desalienta la producción, dejando en baldío trabajo y capitales. Y no es un artículo determinado, lo cual tendría por objeto regular su mercado y podría hallar compensación en que otros se produjeran. El alza como la baja, afecta a todos los productos menos a la mercancía monetaria, y de este modo crea o contribuye a crear el fenómeno sorprendente de la fluctuación económica, fenómeno que no se explicaría sin un estado habitual de restricción productiva, es decir, de energías productivas en barbecho, a cuyo favor puede aumentarse la producción si circunstancias fortuitas lo permiten, mientras otras veces decrece para incrementar las energías baldías o desocupadas.

La cotización invariable del dinero con respecto a una determinada mercancía es incompatible, pues, con la estabilidad general de los precios y, por consiguiente, con la general de la economía. A menos que se tratara de una mercancía excepcional de precio invariable con respecto al nivel general de los demás, lo cual no sucede con ninguna, y menos que con cualquier otra con el oro y la plata. Porque el oro y la plata no son mercancías de una producción y consumo regular, cual el hierro o el trigo; su producción está sometida a los mayores altibajos y el azar del descubrimiento de minas y de proce-

riable por las propias incidencias de su empleo monetario.

La coincidencia de su producción abundante con períodos de prosperidad industrial y comercial es tan notoria que dió origen a la primer teoría económica, la mercantilista, según la cual la prosperidad y la riqueza de las naciones dependería de la abundancia de metales preciosos. Menos conocida es la causa, enlazada con el uso monetario, que puede agudizar su relativa escasez en épocas de depresión, agravando así esa fase coyuntural.

El mecanismo de una economía monetaria consiste en que todos los partícipes de la producción, en vez de recibir su parte en mercancías reales, como en una economía natural, la reciben en cierto número de unidades de valor; de ese dinero, una parte vuelve seguidamente a la circulación: la parte que los preceptores destinan al consumo. La otra porción, la que sus perceptores ahorran, sólo se reintegra el torrente circulatorio en virtud de su capitalización, es decir, de su empleo industrial, o en su defecto, en virtud de que el Erario lo recoja y lo capitalice mediante trabajos públicos.

Mientras los beneficios industriales son suficientes para cubrir satisfactoriamente los gastos generales de las empresas y dejar un excedente que asegure una buena rentabilidad al capital, hay estímulo para ampliar la producción y acometer nuevas empresas empeñando en ellas más capitales. No así cuando sobreviene la coyuntura a la baja; entonces falta el estímulo para la capitalización, y los ahorros quedan ociosos. Keynes diría en su lenguaje que aumenta la preferencia de liquidez, pero en realidad lo que falta es el incentivo a la inversión industrial.

¿Qué hacer de esos ahorros que no se capitalizan? Comprar valores que se pueden revender fácilmente, lo cual no son verdaderas capitalizaciones, pues los fondos quedan líquidos y disponibles en poder de los vendedores. Esta falta de capitalización es lo que va restringiendo el mercado y la actividad productora, y lo que agrava la fase depresiva por sí misma. Pero una de las colocaciones del capital más apetecibles en tales casos, especialmente si hay falta de seguridad, temores de devaluación monetaria, etc., es el invertir el dinero en metal monetario. El metal monetario constituye la posición más líquida; es un capital que se puede realizar en todo momento sin pérdida, antiguamente llevándolo a las Casas de la Moneda, modernamente entregándolo en los Bancos emisores. Además constituye una prenda real y una garantía contra posibles devaluaciones monetarias o contra la depreciación que, en época de depresión, suelen experimentar los demás

El que haya muchos poseedores de capital líquido que demanden metal monetario, en vez de demandar mercancías comunes, representa una doble causa de baja de los precios: por una parte, hay menos demanda de productos, que se deprecian; por otra, más demanda del metal en que se valorarán todas las demás cosas, lo que eleva la cotización del metal y, por consiguiente, de la moneda aun respecto de las mercancías que no son objeto de menor demanda. Hay aquí un efecto de tijera sobre los precios, que ha obrado muy fuertemente en el período interbélico, porque en ningún otro se han dado con más intensidad los fenómenos de inseguridad y de incertidumbre que pueden provocarlo: inquietudes políticas nacionales e internacionales, y riesgos de variaciones monetarias.

Bajo esos estímulos no sólo hubo notables formaciones de atesoramientos áureos, sino que se engendraron esas grandes masas de capitales líquidos, inquietos y trashumantes, que con sus afluencias y fugas alocadas fueron una de las plagas monetarias de ese período. Los ingleses le dieron un nombre gráfico: **hot money**, dinero candente. Sus migraciones imponían transferencias súbitas de oro, que desquiciaban la posición monetaria de los países afectados.

Las restricciones al comercio del oro que han venido a convertir prácticamente su tenencia en un monopolio de los bancos emisores, sólo aparentemente ha corregido el efecto del atesoramiento áureo. Los bancos compran el oro que las minas producen o que el comercio exterior les aporta, lo compran emitiendo billetes o haciendo abonos en cuenta por su equivalencia a favor de los vendedores. Si éstos no disponen de esos saldos por no sentir estímulo para capitalizarlos, o si los billetes vuelven por otro lado, a causa de que gran parte de los formadores de ahorros no los capitalizan en bienes reales; el oro queda esterilizado, y los precios se deprimen por disminución global de la demanda. El oro no ha sido atesorado por los particulares, pero sí por los bancos, los cuales lo han adquirido virtualmente con los recursos que sus cuentacorrentistas han dejado en disponibilidad en sus cuentas de la banca. Esta ha sido la intermediaria para el atesoramiento; eso es todo. El oro, en vez de servir para ampliar la circulación y alimentar un volumen mayor de producción, sólo ha servido para fijar una masa creciente de recursos ociosos.

El ideal es que la moneda sea estable en su valor, no con respecto al oro ni otra mercancía particular, sino con relación al conjunto de ellas, ideal que no hemos podido realizar, pero al cual se acercan más, según la Estadística demuestra, los países de moneda **inestable**—inestable con arreglo al criterio de la paridad áurea—que los de patrón fijo. Y el ejemplo no hemos de ir a

períodos de paz, de mayor establi-
cios que los países de moneda oro en
momentos.

crisis que comenzó en 1929, no hizo
avarse mientras las grandes naciones
a mantener la paridad legal de sus
comenzó a atenuarse en los diversos
lida que fueron soltando esa amarra
de la esterlina en 1931, el del dólar en
to que seguía empeorando en los del
(Francia, Suiza, Holanda), hasta que
os hubieron de cortar el cable para
aunque el temporal que amenazaba

Bretaña ha sacado de su pasada ex-
santo temor a la inmovilidad del
plan Keynes refleja ese temor ante
más ortodoxas imperantes en Norte-
representa una tímida transacción entre
libertad de cambios; quiere que la pa-
bros refleje en cada momento la si-
ctiva de las monedas y sus mer-
no admite que se fijen esos cambios
lo libre, sino por un organismo inter-
intervención que repudia en el in-
países, la traslada a esa proyectada
ne habría de manejar el valor del oro,
monedas con respecto a él, según un
nterés general que nadie ha logrado
definir.

El plan Keynes se propone evitar son-
, la guerra comercial a base de deva-
monetarias, arma agresiva mucho más
la aduanera, puramente defensiva;
aciones erráticas del cambio a causa
mientos de capitales líquidos y sus
speculativas, para lo cual incluso ad-
lización de los cambios, que sería
restaurar a las primeras dificultades
extorsionistas que se quieren eliminar.

La manera racional de lograrlo ha
evitar la formación de esas masas ó-
líquidos que, si desde el punto de
economía interior son recursos que
deber fundamental de estimular el t
desde el punto de vista del tráfico in-
perturban las transacciones normales
sarias y lentas adaptaciones de los ca-
condiciones cambiantes de los mercado
variables que nunca a causa del ca-
activo de las políticas económicas int

La piedra angular del nuevo orden
ser la corrección de las grandes fluct-
clicas; mientras éstas persistan—y
más violentas que nunca después de
si sus causas radicales no se atacan—
se palie por un lado rebrotará con pe-
por otros. Y los planes monetarios no
que un bello modo de empezar la c-
tejado.